



## A DEBATE: ¿QUÉ EXPOSICIONES PARA QUÉ MUSEOS?

En los últimos meses hemos leído una variedad sorprendente de noticias acerca de los museos en el contexto de la pandemia que nos azota. Y se han conocido cosas realmente sorprendentes, desde pérdidas millonarias de las grandes instituciones cuyas entradas dependen del turismo internacional, pasando por amplios despidos de trabajadores del sector ante el hecho de puertas cerradas, hasta la insurgencia de empleados exigiendo políticas inclusivas y antidiscriminatorias de todo tipo. Pareciera que la plaga biológica se ha dado el trabajo de llegar hasta los más recónditos intersticios de lo que hemos construido.

Ahora es más evidente lo que ya sabíamos: las desigualdades económicas, la injusticia social, la pobreza desmedida, la desprotección de gran parte de la población mundial, la devastación indiscriminada del planeta, los desequilibrios de todo tipo.

Y en ese tormento mediático que nos bombardea cada día, está la institución museal. Algo que no se debería llamar *la* institución, sino las instituciones museales. Porque, ciertamente, son muy distintas unas de otras, en dependencia de la valía de sus tesoros, del soporte económico, o el posiciona-

miento internacional, entre otras características. La institución museal para la que trabajo hace cuarenta y dos años no es exactamente igual a muchas de esas que han hecho noticia por estos meses. Aun conservando un tesoro impresionante, es una entidad modesta por sus recursos financieros, todos provenientes del estado.

Ese Museo Nacional de Bellas Artes, nacido el 1913 y criado durante más de un siglo, se ha visto forzado también a cerrar sus puertas. Y la ausencia de visitantes lo ha despojado de sus muy humildes ingresos, en concordancia con el cierre del turismo en un país que, como el Caribe todo, ha tenido que explotar su potencial de belleza natural como motor económico.

Como los demás, nos hemos abalanzado sobre las redes mediáticas, probándonos como comunicadores de nueva hora, y algo hemos aprendido de lo mucho que nos falta. Pero no se ha despedido a nadie, cosa sorprendente en un país en agobio económico, y se han experimentado nuevas formas de trabajo a distancia para labores de naturaleza intelectual que tan bien se acomodan al aislamiento, y hasta ahora incomprendidas.

Sin embargo, aparte de proteger el patrimonio atesorado como nuestra primera misión, nuestro museo tienen mucho en qué pensar con la pandemia y sin ella. Por ejemplo, cuáles podrían ser las próximas exposiciones que haremos este año tan complejo, y cuánto costarían en un país que sufraga total-

mente la cultura. Como curadores y museólogos, no estamos ajenos a las vicisitudes actuales y a las que se avecinan. Los pronósticos de la CEPAL para la economía de nuestra región son muy poco halagüeñas.

Más allá de la pandemia, otros importantes asuntos no cesan de reclamarnos, y nos vemos enfrentados a un debate de consistencia deontológica que mucho nos preocupa: ¿cuáles exposiciones para nuestro museo?



Desde una perspectiva histórica, el empeño de un museo nacional a inicios del siglo pasado, estuvo cifrado en un anhelo de cultura que englobara las realizaciones enaltecidas de una nación que había batallado mucho por su independencia colonial y necesitaba abrirse al mundo construyéndose a sí misma. Y, por supuesto, su configuración museal trataba de recolectar el mayor muestrario de la historia patria, las bellas artes propias o extranjeras, la historia natural, los archivos y bibliotecas, el mobiliario... Todo servía para una visión de corte universalista y enciclopédica de una Cuba que empezaba una etapa nueva con la República. Al paso de los decenios, las configuraciones se transformaron: de esa matriz patrimonial emergieron más de cinco museos nacionales y los tesauros de bellas artes en los que se perfiló el Museo Nacional en lo adelante, se incrementaron y diversificaron teniendo siempre muy presentes a los autores del patio. Nada puede evitar que esa condición histórica viva en el Museo Nacional de hoy.

En otro orden, un museo se debe a su tesoro. O cuando menos, si decide variar sus objetivos, debe diseñar y emprender nuevas líneas de recolección de tesauros. Lo que no debe suceder es que un museo con una fuerte colección de malacología se dedique a exponer mobiliario, por ejemplo. Que el Museo Nacional de Bellas Artes tenga una poderosa colección de arte de carácter histórico y universal es un lujo inobjetable. No actuar en línea con su colección, o subestimarla dejándola al margen

de la debida difusión, es una afrenta a su verdadera naturaleza y a su potencial cultural.

Por otra parte, los altibajos que hemos tenido en algunas políticas patrimoniales y de artes visuales a lo largo de décadas, la intermitencia de funcionarios calificados para algunos puestos clave en instituciones concernientes a las artes visuales, entre otras consideraciones, han generado cierto desequilibrio en la jerarquía lógica que todo sistema cultural debe mantener en relación a los bienes que pone en circulación y difunde. Ese desequilibrio es fatal en muchos niveles: lanza a las instituciones fuera de sus misiones, abre la brecha a la improvisación y hace perder la correcta orientación de valores para la creación y educación de públicos. Cuando una exposición, un autor, o un perfil de contenidos culturales dado son acogidos en la institución inadecuada, pasa lo mismo que cuando vemos un reportaje en un horario estelar de la televisión sobre una producción sin la valía indispensable: no educamos al público, confundimos los valores, inutilizamos la crítica y seguimos discutiendo lo mismo en los congresos culturales.

A esto se suma un defecto nacional: el afán desmedido por lo nuevo. La historia no compite en Cuba. Este impulso por la novedad es tan vehemente que es capaz de arrastrar políticas ya establecidas. Y no es menos cierto que la fortaleza artística de la Isla esta fuera de liga, que la tradición musical cubana es

más grande aún que el propio baseball, que el teatro y la danza cada vez tienen más agrupaciones, y así... Pero atención, hay un Silvio Rodríguez porque hubo un Manuel Corona; hay una Viengsay Valdés porque hubo una Alicia Alonso; hay un Lázaro Saavedra porque hubo un Marcelo Pogolotti. La acumulación de saberes, experiencias y expresiones creadoras son un cultivo perenne, un verdadero palimpsesto que conforma la cultura. Lo nuevo casi nunca es magia sino germinación.



A cada institución le corresponde un cometido. El Museo Nacional de Bellas Artes es la entidad que más ha hecho en Cuba por el arte contemporáneo cubano durante más de un siglo. Y esto se verifica con datos: la superioridad numérica del tesoro nacional dentro de su acervo, la creación de la colección más importante y completa que existe sobre arte cubano en el mundo, la más vigorosa colección de arte cubano contemporáneo en el país, la destinación del mayor monto financiero

para la adquisición de obras contemporáneas, y el mayor porcentaje de exposiciones dedicadas al arte del día. Ese record no lo ostenta ninguna institución en Cuba.

A pesar de ello, y en concordancia con el empuje de la educación artística y de la tan alta cifra de graduados de artes plásticas, pudiera parecer que toda institución es poco, que el Museo Nacional no da la talla, que no se es suficientemente sensible a lo que se produce hoy.

Estamos lejos de tener un Museo Nacional perfecto y le podemos y debemos exigir mayores desempeños. Lo que no se puede esperar es que, siendo el único de sus características dentro de la Isla, se desvincule de su condición histórica y universal, transite por un camino ajeno a sus colecciones, o se enfoque unilateralmente en un segmento de toda la historia que está obligado a difundir. En fin, que aunque ha asumido con dignidad y constancia muchas funciones de un museo de arte contemporáneo, no se le puede pedir que lo sea en toda la línea.

Tal vez se conozca poco cómo posponemos a veces nuestras más anhelada curadurías para dar cabida a autores y muestras del presente inmediato, arrastrados por una enorme conciencia de cometido social; cómo duerme, por ejemplo, el proyecto *Cuatrocientos años de arte mexicano*, por el tiempo de trabajo que debe reservársele. ¿Alguien se ha preguntado qué formidable lujo significa que el Museo cubano pueda te-



ner un tesoro capaz de tal curaduría? ¿Ha parecido poco el gigantesco esfuerzo del Museo Nacional durante las muestras de *La posibilidad infinita. Pensar la nación*, que organizamos para acompañar a la XIII

edición de la Bienal de La Habana? En ella se pusieron en circulación alrededor de cuatrocientas obras de arte, la mayoría contemporáneas y del propio Museo, para abordar temas cruciales del país como la racialidad, la reescritura de la historia y la economía azucarera. ¿Cuántos museos pueden desplegar ese empeño, apoyados en su colección contemporánea?

¿Nos preguntamos acaso cuánto cuesta restaurar las obras de arte y qué tiempo hay que invertir en el estudio y los procesos que requieren? ¿Cuál es la cuantía de obras patrimoniales necesitadas de reentelado, limpiezas profundas, reintegración de capa pictórica o desinfección? La lucha contra el envejecimiento hace imprescindible dedicar grandes esfuerzos, tiempo y recursos a la preservación del patrimonio histórico, a diferencia del contemporáneo.

Hay muchas maneras de atender el arte del día. Nuestras cuantiosas adquisiciones de arte joven y las continuas exposiciones temporales que se le dedican, atestiguan que lo hemos hecho más a la manera que los artistas prefieren, arrastrados por el

embate de su pujanza, que a la manera museológica tradicional. Porque como museo, existen vías propias de su naturaleza que son esenciales, ya que, afortunadamente, el buen arte siempre enseña. Como no existe en arte la agobiante demanda de progreso social, todo el arte de calidad educa a un joven estudiante, a un creador novel, y al público. Exponer el tes-



auro de tejidos coptos, apreciar un papiro del antiguo Egipto, ver un delicado y maravilloso paisaje de John Constable, o mirar de cerca *La Virgen y el niño de la manzana*, enseña. Enseña no solo sobre técnicas y escuelas pictóricas, sino sobre emociones, imaginarios, escenarios históricos, circunstancias de vidas

y épocas, tan iguales y tan diferentes a las de todos nosotros. ¿Podríamos creer que tal vez uno de nuestros más prominentes artistas contemporáneos, Juan Francisco Elso, no se sintió iluminado al visitar la espectacular exposición *Retrato de Mexico* presentada en el Museo con tesauros del INBA en 1978? ¿Creemos acaso que esta impresionante exhibición no fue importante para una generación de jóvenes como Bedia, totalmente inspirados en la cultura autóctona americana? Todo el arte enseña. Y esa es la manera especial de conectar con los públicos, con los más jóvenes talentos, de proveer sus necesidades, aunque a veces se olvide en el correr tras lo último que aparece, en el cúmulo de entidades que demanda el arte nuevo en Cuba, y en la ansiedad lógica de notoriedad personal de los creadores. Es, digamos, la manera específica de la naturaleza museológica. No apreciarla como tal es no comprender a fondo las funciones de un museo.

El Museo Nacional ha sido deslumbrado por la riqueza del arte joven del país, desviando alguna atención del amplio y diverso acervo que representa. Particularmente, me siento deudora de esa falta, desde mi posición de curadora de la co-



lección contemporánea nacional. Pero esa posición no podrá ir nunca más allá de mi condición de museóloga y de mi vocación patrimonial.

¡A La Habana le falta su partenaire! ¿Qué sería el París del Louvre sin el Centro Pompidou? ¿Qué sería la Nueva York del Museo Metropolitano sin el MoMA? Cuando la capital, u otra ciudad del país, tenga un gran museo de perfil contemporáneo, el centenario Museo Nacional trabajará con mayor

sosiego y con mejor eficacia en relación a sus vastas colecciones nacionales y extranjeras de toda época.

Por lo pronto, y a la espera de mejores tiempos, en el Museo podemos mejorar. Se podrían priorizar las muestras de obras procedentes de las colecciones de la institución, salvaguardando el estatus de difusión y conservación que merecen. Alentar las curadurías temáticas y colectivas por sobre las muestras personales de arte actual. Abogar por el rescate de jerarquías de valores en el concierto de las muestras producidas en el sistema de la plástica. Echar a andar el tan necesario intercambio de exposiciones significativas entre grandes museos del país como el Bacardí y el Nacional, por ejemplo. Estas opciones podrían equilibrar un tanto la circulación de los magníficos patrimonios históricos y contemporáneos que Cuba guarda.

*Corina Matamoros*  
Curadora de Arte cubano contemporáneo